

Antigua

Historia y Arqueología de las civilizaciones

MIGUEL D
CERVANTES



Las sectas religiosas en el Imperio romano **José María Blázquez Martínez; M.^a Paz García-Gelabert (coaut.)**

Antigua: Historia y Arqueología de las civilizaciones [Web]



Página mantenida por el Taller Digital

[Otra edición en: *Historia 16*, n.º 169, 1990, 139-144. Versión digital por cortesía del editor (*Historia 16. Madrid*) y de los autores, como parte de la *Obra Completa* del Prof. Blázquez, corregido de nuevo bajo su supervisión y con la paginación original.]

© Texto, José María Blázquez – M.^a Paz García-Gelabert

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

Las sectas religiosas en el Imperio romano

José María Blázquez Martínez – M.^a Paz García-Gelabert

[-139→]

La proliferación de sectas religiosas no es un fenómeno de la religiosidad moderna. Fue muy frecuente en el mundo griego y en el romano.

Generalmente, a las sectas religiosas de la época griega y romana se las suele denominar *religiones o cultos orientales o místéricos*, calificación inapropiada, pues si bien es verdad que muchos cultos, como los de Mitra, Cibele, Attis, Atargatis, Isis, etc., proceden de Oriente, otros, como los de Core, Démeter y Triptolemo, son griegos.

Estos cultos se extendieron mucho en Grecia durante los siglos que siguieron a la muerte de Alejandro Magno y en Roma durante la época imperial.

Los escritores greco-romanos y los cristianos posteriores han tendido a uniformar los rituales y la teología de estos cultos. Parecida es la opinión entre algunos autores modernos, como Petanzoni o A. Álvarez de Miranda. Los romanos oponían la *religio*, de carácter nacional, a la *superstitio*, de carácter exótico. La tradición legitimaba la *religio*. Los romanos, en principio, fueron hostiles a la *superstitio* extranjera que adulteraba la religión de sus antepasados. Esclavos, militares y mercaderes fueron los grandes propagadores de estos cultos que fascinaban a la masa, probablemente por sus rituales, en los que la música y la danza representaban un papel importante. La mutua caridad y la ayuda a los iniciados contribuyeron poderosamente a su propagación.

El fenómeno del sincretismo, por el que se asimilaba un dios extranjero a otro del panteón greco-romano, facilitó la propagación de estos cultos. En el año 204 a.C. se introdujo en Roma la piedra negra de Cibele, procedente del gran santuario de Pesinunte (Asia Menor). A Cibele la asimilaron los romanos con las diosas Rea y Démeter. Poco antes del año 186 a. C. se instauró en Roma el culto al gran dios Dioniso, asimilado al romano Baco. A finales del siglo II a.C. los esclavos sirios, afincados en Sicilia, predicaron en la isla el culto a su diosa Atargatis. Mario, el dirigente del partido popular, creía en las profecías de una adivina siria, llamada Martha, mientras su mortal enemigo, jefe de los *optimates*, Silla, veneraba a una diosa capadocia, de carácter sanguinario, de nombre Ma-Bellona. Esta diosa alcanzó gran aceptación en nuestra Península, concretamente en Extremadura. A los tiempos de Silla se remonta la creación de la primera cofradía romana dedicada a los cultos extranjeros, los llamados pastóforos de la diosa egipcia Isis. Los líderes políticos de finales de la República romana favorecieron la propagación de los cultos a los dioses extranjeros para atraerse [-139→140-] a la plebe: César permitió en Roma nuevamente los cultos dionisiacos, prohibidos en el 186 a.C. Los hombres del segundo triunvirato, Marco Antonio, Augusto y Lépido, levantaron un templo a los dioses egipcios Isis y Serapis.

Muchos emperadores fueron devotos de las religiones orientales. Calígula favoreció los cultos de los dioses egipcios y el intelectual Claudio los de los dioses frigios. Otón participó en las procesiones de Isis. Vespasiano fue adorador de Serapis.

Una de las causas fundamentales de la propagación de los cultos místicos a finales de la República y en época imperial, principalmente desde la crisis del último antonino, el emperador Commodo, y durante todo el siglo III, estriba en el hecho de que las religiones orientales respondían a las profundas necesidades de salvación individual del hombre. Estas proporcionaban a los fieles una comprensión del mundo y una ayuda ante el destino, escrito en las estrellas. Prometían a los iniciados una vida de ultratumba feliz, así como el poder escapar al fatalismo. Dioses orientales como los baales sirios, Cibeles, Isis o Mitra garantizaban a sus fieles la seguridad del cuerpo y la salvación del alma.

LITURGIA

Las religiones orientales sirias y egipcias desarrollaron unas teogonías y cosmogonías complejas. Tenían mitos apasionantes y una rica doctrina simbólica. Demostraban también una gran capacidad de adaptación a las corrientes ideológicas del momento. Una teología solar se unía a la astrología, fenómeno que dio lugar a los cultos del Sol invicto de los frigios, de Isis y de Mitra, una gran coherencia cósmica, que proporcionó al individuo una explicación satisfactoria de su lugar en el universo.

Ya se ha aludido a la importancia de los ritos en la propagación de las religiones místicas. Estos ritos herían la sensibilidad y las emociones de los participantes o de los que los contemplaban. En algunos de estos rituales, como en los egipcios, había ritmos frenéticos, acompañados de danzas. Se utilizaban diferentes instrumentos musicales, como los sistros en el culto isíaco y los tambores en el de Cibeles. Los aullidos y las flagelaciones eran inherentes al culto de Atargatis y de Ma-Bellona. En el culto de Mitra se cantaban himnos a coro.

Al exotismo indicado se unía el colorido de las vestiduras: túnicas de lino o hábitos negros, usados por los sacerdotes en las procesiones isíacas; mantos de color azafrán o de púrpura, llevados por los sacerdotes de Atargatis; trajes damasquinados de los devotos de Elagabal.

Impresionaban, asimismo, las liturgias celebradas durante la noche, la iniciación en los misterios y las procesiones con antorchas. En algunos cultos los iniciados se cubrían el rostro con máscaras. También se celebraban banquetes, como en el culto de Mitra. El apologista Justino, a mediados del siglo II, habló de un verdadero bautismo y comunión en el culto de Mitra, a los que parecen aludir escritores cristianos, como Clemente de Alejandría y Fírmico Materno.

Los iniciados llevaban a veces ciertos signos [-140→141-] exteriores, como el uso de tatuajes y marcas a fuego; los sacerdotes, también denominados galos, de Cibeles, los de Atargatis, y los devotos de Ma-Bellona, llevaban el cabello largo como las mujeres, mientras los pastóforos de Isis se afeitaban la cabeza.

La autoridad romana permitió las procesiones. En un relieve del Museo Vaticano se representa un cortejo isíaco. Participaban cuatro devotos de Isis portando, respectivamente, la serpiente sagrada, una cesta, un rollo litúrgico de papiro, un vaso canopo y un sistro. Se evocaban en público, con lamentaciones, las muertes de Attis, el compañero de Cibeles y de Osiris, a las que seguía una explosión de alegría, celebrando la resurrección del dios, símbolo de la inmortalidad de los devotos.

Se examinan sólo tres cultos místicos muy representativos: los de Atargatis, Elagabal y Cibeles.

CULTO DE ATARGATIS

Era una diosa siria de la fecundidad y de la naturaleza, muy venerada en Oriente. Recibió diferentes nombres: Astarté entre los fenicios, Tanit entre los cartagineses, Istar entre los babilonios e Inanna entre los sumerios. Los griegos la identificaron con Hera, la esposa de Júpiter. Su santuario más venerado se encontraba en Hierápolis. Su compañero era Hadad.

En su templo se criaban peces sagrados, ya que estos animales salvaron a la diosa de ahogarse. Según el mito, la diosa nació de un huevo depositado por los peces en las orillas del Éufrates, el cual fue incubado por una paloma.

Luciano, en su tratado *Sobre la diosa siria*, recogió algunos datos precisos sobre su culto. El santuario de Hierápolis estaba servido por 300 sacerdotes, vestidos de blanco y dirigidos por un sumo sacerdote que vestía traje púrpura y cubría su cabeza con una tiara de oro. Servían también en el templo gran cantidad de músicos y de mujeres. Dos veces al día se ofrecían sacrificios a Atargatis al son de la música y a Hadad en silencio. Los sacerdotes, como en el culto a Cibeles, se autocastraban. Se sacrificaban niños, que se arrojaban desde los propileos del templo. Los devotos llegaban de todas las regiones vecinas: Fenicia, Capadocia, Babilonia, Cilicia y Arabia.

El culto a la diosa siria estuvo bien extendido por el Imperio romano. Testimonios de su culto han aparecido en Siracusa, en Puteoli, el gran puerto de Roma en Campania, en Britania (Carvaran), en Dacia (Romula), en Macedonia (Philippopolis), en Panonia (Aquincum), en Italia (San Vittorino), etc. De Roma procede un altar votivo con la imagen de la diosa sentada entre leones y un relieve, éste procedente del Palatino, donde figura una Venus velada que se identifica con Atargatis. [-141→142-]

La gran cantidad de sirios que vivían en Roma y que comerciaban a lo largo de todo el Imperio explica satisfactoriamente la propagación del culto a esta diosa.

Ritual del culto a Atargatís

Apuleyo, el célebre autor del *Asno de oro*, ha descrito con mano maestra el culto y los sacerdotes de Atargatis. Entresacamos algunos párrafos representativos:

... Ved qué clase de individuos: un invertido y un invertido viejo, calvo, pero con algunos pelos colgando en rizos canosos (los sacerdotes); un maleante del hampa, hez de la sociedad, que va por las calles y plazas tocando los platillos y las castañuelas, con la diosa siria como compañera forzosa en su oficio de mendigo... Al día siguiente se ponen unas túnicas de abigarrado colorido; cada cual se arregla un monstruoso disfraz, aplicándose una pasta arcillosa a la cara y sobrecargando sus ojos de pinturas. Salen a la calle con mitras y con blusones de amarillo-azafrán, unos de lino y otros de seda. Algunos llevaban túnicas blancas adornadas con franjas de púrpura como puntas de lanza en desorden; un cinturón sujetaba su indumentaria y sus pies lucían sandalias amarillas..., arremangándose hasta el hombro, blanden en sus brazos puñales y hachas enormes, y como bacantes saltan al son de la flauta, cuya música estimula su frenética danza. Dejando atrás varias chozas, llegan a la casa de campo de un rico propietario, y ya en la entrada se anuncian con estrepitosos y discordantes alaridos; luego, irrumpen dentro como fanáticos, hacen largas reverencias entre lúbricas contorsiones, formando círculos con sus cabellos sueltos; a veces concentran en sí mismos su furor, mordiéndose la carne y acabando cada cual por clavarse en el brazo el puñal de doble filo que llevaba... Bajo el filo de los puñales, bajo los zurriagazos de los látigos, podía verse chorrear por el suelo la sangre impura de estos afeminados.

Es el de Atargatis un culto nómada, como señala Turcan, en el que se practicaba un cierto masoquismo de la penitencia.

EL SEÑOR DE LA MONTAÑA

Elagabal era el *Señor de la Montaña* de Emesa, la actual Homs, en Siria, donde se tributaba culto a un aerolito negro, que pasaba por ser la imagen sagrada del dios. El templo de Emesa contaba con numerosos sacerdotes consagrados al culto. El gran sacerdote danzaba en el ritual vestido con túnica de color de púrpura, bordada con hilos de oro, con la cabeza cubierta de joyas de variados colores.

El culto de Elagabal está atestiguado en Roma, a mediados del siglo II, en una inscripción. A finales del siglo II contaba Elagabal en la capital del Imperio con un colegio sacerdotal, organizado fuera del pomerio.

Al asesinato de Caracalla en 217, le sucedió Bassiano al frente del Imperio. Fue proclamado emperador por los soldados devotos de Elagabal, pasando a la historia con el nombre de Heliogábalo. Estaba iniciado en el culto al dios de Emesa y danzaba alrededor del altar, vestido a la moda fenicia.

Los historiadores Herodiano y el anónimo autor de la *Historia Augusta*, obra de finales del siglo IV, han dejado una viva descripción de la introducción del culto de Elagabal en Roma, de su ritual y de su profundo impacto y rechazo en la alta sociedad romana. Herodiano (5.3.6.) primero describe el vestido que llevaba Heliogábalo como sumo sacerdote de Elagabal:

«...Se vestía con los más costosos modelos tejidos en púrpura y oro y se adornaba con collares y brazaletes; en su cabeza llevaba una corona en forma de tiara cubierta de oro y piedras preciosas. Su atuendo estaba entre las vestiduras de los sacerdotes fenicios y la lujosa indumentaria de los medos. Detestaba los vestidos romanos y griegos porque decía estaban hechos de lana, una pobre materia prima. Sólo le gustaban los tejidos de seda. Aparecía en público al son de flautas y tambores, sin duda en honor de su dios.

Prosigue Herodiano (5.5.8-10) describiendo el ritual del dios sirio:

...Construyó a su dios un templo grandioso y bellissimo, alrededor del cual levantó muchos altares. Todos los días salía al amanecer (Heliogábalo) y sacrificaba una hecatombe de reses e innumerables ovejas que colocaba sobre los altares con montones de diversas plantas aromáticas, vaciando además delante de los altares muchas ánforas de los vinos más finos y añejos, de suerte que vino y sangre corrían juntos. Antonino bailaba en torno a los altares al son de todo tipo de instrumentos y con él danzaban mujeres fenicias, rodeando los altares con címbalos y tambores en sus manos. Todo el senado y el orden ecuestre estaban alrededor como si estuvieran sentados en el teatro. Las entrañas de las víctimas del sacrificio y los aromas no los llevaban en vasijas de oro sobre sus cabezas sirvientes cualesquiera, ni hombres corrientes, sino los prefectos del pretorio y altos cargos, vistiéndolo túnicas talaras de largas mangas al estilo fenicio con una banda purpúrea en el centro.

El mismo Herodiano (5.6.5-10) recoge otros aspectos del ritual:

...Para conducir al dios desde la ciudad hasta las afueras, lo colocaba en un carro cubierto de oro y de piedras preciosas... Ningún mortal iba subido al carro, ni nadie llevaba las riendas, que estaban enganchadas en la estatua del dios como si él mismo estuviera conduciendo. Antonino corría delante del carro marchando hacia atrás con la vista dirigida hacia el dios y sujetaba las riendas de los caba-

llos; recorría todo el camino corriendo de espalda sin dejar de mirar hacia la cara del dios. Para evitarle tropiezos y [-142→143-] resbalones, al no ver por dónde iba, una alfombra de dorada arena fue extendida bajo sus pies, y sus guardianes lo sostenían por ambos lados cuidando de su seguridad en una carrera como aquella. Por los dos lados el pueblo corría con él, con profusión de antorchas y sembrando el camino de coronas y flores. La caballería y todo el ejército abrían la procesión delante de la imagen del dios... Después de conducir al dios e instalarlo en su templo, el emperador celebraba los sacrificios de los que hemos hablado. Luego subía sobre unas enormes y altísimas torres que había mandado construir y desde ellas arrojaba a la muchedumbre, para que todo el mundo pudiera cogerlo, copas de oro y de plata, vestidos y finas telas de todas clases, animales domésticos de todo tipo, excepto cerdos, de los que se abstenía según la ley fenicia...

A menudo se veía a Antonino conduciendo su carro o bailando; y no trataba de ocultar sus vicios. Aparecía en público con los ojos pintados y con carmín en las mejillas, afeando su rostro, hermoso de natural, con maquillajes lamentables.

Según la *Historia Augusta*, en el culto a Elagabal había sacrificios humanos de niños procedentes de las mejores familias y escenas de magia.

Heliogábalo fracasó en introducir el culto de su dios en Roma por chocar abiertamente con la tradición romana.

El culto a Elagabal o Sol Invicto triunfó con Aureliano (270-275), que estuvo a punto de declarar a este dios el único dios de todo el Imperio. Su fiesta se celebraba el 25 de diciembre. Posteriormente los cristianos celebraron en ella el nacimiento de Jesucristo.

CULTO A CIBELES

Cibeles era una gran diosa de la fecundidad, venerada en el interior de Anatolia. Pesinunte era el centro principal de su culto.

Su representación sobre un carro tirado por leones se halla ya en el tesoro de los Sifnios en Delfos, levantado hacia el año 527 a. C. Se tiene noticia de que en el año 415 a.C. un aspecto de su culto era ya la autocastración con una piedra, rito que repugnaba a los griegos.

En Grecia el culto a Cibeles fue puramente griego. Se desconocen las particularidades de su culto en Frigia. Es muy probable que los sacerdotes de Cibeles, como los megabices de Artemis Efesia, fueran eunucos.

El culto a Cibeles estuvo vinculado con el del dios frigio Attis. Según la leyenda, Attis se castró en medio de una escena orgiástica, lo que provocó la autocastración de todos los asistentes.

El culto oficial a Cibeles se introdujo en Roma en el año 204 a.C., como ya se indicó. Cibeles se instaló en el Palatino, llevada por las matronas romanas, entre invocaciones alegres y los aromas de los quemaperfumes. [-143→144-]

Cibeles, en el año 191 a.C., contaba ya con un templo en Roma, que dañado por un incendio fue reconstruido en el año 112 a.C. Su imagen era un aerolito. Eunucos habían acompañado a la diosa a Roma. El Senado les confinó en el recinto sagrado del templo, pues a los romanos chocaba cualquier tipo de mutilación corporal.

En el año 56 a.C., con motivo de la celebración en Roma de los misterios de la Bona Dea Cibeles, a los que sólo podían acudir las mujeres, en casa de la suegra de César estalló un escándalo al descubrirse que Clodio, el peón de brega de César en la lucha callejera, había sido descubierto en la casa, disfrazado de esclava, donde había acudido para entrevistarse con la mujer de César.

Varrón, escritor de finales de la República, se ríe del atuendo femenino y de las canciones delirantes de los galos o sacerdotes y de la corona del sumo sacerdote brillante por las gemas. Lucrecio y Varrón proponen una interpretación simbólica a la castración y a los coribantes, acólitos del culto a Cibeles, que ejecutaban danzas frenéticas al son de panderos y címbalos, chocando sus espaldas contra los escudos. Asimismo, indican que la corona de torres que cubría la cabeza de la diosa aludía a las ciudades que la misma protegía. Los galos castrados se vinculaban con la tierra, que posee todo tipo de semillas. El estrépito de los címbalos recuerda el choque de los instrumentos agrícolas. Los leones que acompañaban a Cibeles indican que la diosa doma a las fieras.

Cibeles gozó de especial favor entre los emperadores romanos. En la *Gemma Augusta*, la diosa corona al emperador, y en un camafeo se representa a Livia, mujer de Augusto, como Cibeles. Augusto reconstruyó el templo del Palatino. Claudio inscribió en el calendario romano una fiesta en honor de Attis, compañero de Cibeles, celebrada el 22 de marzo. En tiempos de Adriano, según testimonio de Arriano de Nicomedia, en Roma se celebraba el ritual fúnebre en honor de la muerte de Attis a la moda frigia. En el siglo II la imagen de Cibeles aparece en muchos medallones.

Fiestas y rituales

El culto a Cibeles tenía muchas fiestas. Los dendróforos llevaban en procesión al templo del Palatino el pino, que recordaba al árbol a cuya sombra se castró Attis. Este árbol también significaba el cuerpo muerto de Attis.

El 15 de marzo, los canóforos transportaban por las calles cañas cortadas a la orilla del Alma, mientras el sumo sacerdote sacrificaba un toro de seis años para obtener la fertilidad de los campos. Los devotos de Cibeles hacían una cuaresma, durante la cual sólo se bebía leche y se abstenían de comer carne de cerdo, pan y granadas.

El 22 de marzo se cortaba un pino durante la noche y se sacrificaba un carnero en un bosque consagrado a Cibeles. El cortejo fúnebre atravesaba Roma al son de los cánticos entonados por los sacerdotes y por todos los presentes, al tiempo que se golpeaban el pecho. En el santuario, los fieles adoraban el pino. La mañana se dedicaba a las lamentaciones de duelo.

El 23 de marzo, los salios, sacerdotes danzarines de culto de Marte, desfilaban alrededor del templo de Cibeles al son de las trompetas sagradas pidiendo la bendición para todo el año.

El 24 de marzo tenía lugar la fiesta fúnebre. El sumo sacerdote, acompañado de los galos, danzaba frenéticamente alrededor del pino sagrado. Se flagelaban con disciplinas recubiertas de huesecillos al son de los címbalos, de los cuernos y de las trompetas. Se golpeaban el pecho. Se batían furiosamente los panderos. Se cortaban el pecho y los brazos con cuchillos. Se untaba de sangre el pino y los altares. Los sacerdotes danzaban furiosamente. Después de la autocastración, los galos se tatuaban la parte inferior del vientre. A continuación se enterraba el pino, rodeado de flores y de bandas, a imitación del ritual seguido por Cibeles con el cadáver de Attis. En esta fiesta, el sumo sacerdote pedía por la salud del emperador y la protección del Imperio.

El 25 de marzo se proclamaba la resurrección de Attis. Se trataba de una fiesta de primavera. Hay que indicar que los cultos místéricos en origen eran agrarios. Sus protagonistas se perdían en la noche de los tiempos. En muchos de estos cultos había un dios que padecía muerte y resucitaba.

La fiesta del 25 de marzo en época de Commodo se convirtió en un carnaval. En una procesión, delante de las imágenes de Cibeles, el emperador y la aristocracia romana

transportaban excelentes obras de arte. Desfilaban los senadores y los caballeros, todos con máscaras sobre el rostro, vestidos con trajes estrafalarios. Las trompetas, las flautas, los címbalos y los cantantes amenizaban la procesión, que acababa en un banquete.

El 27 de marzo, una procesión llevaba la imagen de Cibeles, cubierta de flores, a las orillas del Alma, donde el sumo sacerdote, revestido con traje de púrpura, bañaba la piedra, representación de la diosa, y los utensilios sagrados usados en su culto. Participaban en la procesión los sacerdotes que guardaban los libros sibilinos. El ídolo se transportaba en un carro. Altos funcionarios caminaban descalzos delante del carro sagrado. Lucrecio ha dejado una viva descripción de esta procesión.

Del 4 al 10 de abril se conmemoraba la llegada de la imagen de Cibeles con fiestas, espectáculos teatrales y carreras de carros, costeados por los ediles curules, en el Circo Máximo, donde la estatua de Cibeles desfilaba en compañía de otros dioses; de ahí que a la imagen de la diosa se la represente en los mosaicos romanos con escenas de circo en la *spina* del mismo —mosaicos de Gerona, Cartago, Piazza Armerina (Sicilia), etcétera, o en el relieve de Foligno—, con el mismo tema.

El culto público a Cibeles desapareció en el año 394, después de la victoria de Teodosio sobre el usurpador Eugenio. En el siglo VII, el neoplatónico Damascio integraba a Attis en una teología y Proclo dedicaba un libro a Cibeles; mas fueron casos aislados, dentro del cristianismo en auge.